

TERSILLA GATTO CHANU

SAN ANSELMO

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2013

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Luis Rubio Morán
del original italiano *Anselmo d' Aosta. Ritratto a più voci*

- © Edizioni San Paolo s.r.l., 2009
Cinisello Balsamo (Milano)
- © Ediciones Sígueme S.A.U., 2012
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1824-3
Depósito legal: S. 10-2013
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

«Christianus sum, monachus sum, episcopus sum,
et ideo omnibus volo fidem servare
secundum quod unicuique debeo» (*Carta* 314).

<i>Los narradores</i>	7
-----------------------------	---

SAN ANSELMO

LA LLAMADA	11
ANSELMO, PRIOR	45
ANSELMO, ABAD	145
ANSELMO, OBISPO	201
EL EXILIO	297
EL RETORNO	359
EL NUEVO VIAJE A ROMA	405
EL SEGUNDO EXILIO	425
LOS ÚLTIMOS AÑOS EN CANTERBURY	485

Apéndices

Cronología	521
Papas, arzobispos y reyes	523
Índice de textos anselmianos	525

LOS NARRADORES

Los personajes que en las fuentes son anónimos y los inventados aparecen en *cursiva*. Todos ellos, junto con los conocidos, ayudan con su visión particular al desarrollo de esta obra coral.

ADELA, hija de Guillermo el Conquistador, mujer de Esteban de Blois.

ADÁN, clérigo que acompaña a Anselmo en el primer destierro.

ALBERTO, médico.

ALEJANDRO, monje de Canterbury, compañero de Anselmo en el segundo destierro y legado suyo.

ANSELMO, monje de Chiusa, llevado por su tío Anselmo a Canterbury.

ARNULFO, maestro de Gramática, prior de Canterbury (1096-1107), abad de Peterborough (1107-1115), obispo de Rochester (1115-1124).

BALDERICO, número 146 de la lista de monjes de Bec y prior desde 1078.

BALDUINO de Boulogne, hijo de Eustaquio II y de Ida de Boulogne, conde de Edesa (1098-1100) y después rey de Jerusalén hasta 1118.

BALDUINO de Tournai, número 228 de la lista de los monjes del monasterio de Bec, fiduciario (mandatario) de Anselmo y legado suyo.

BENJAMÍN, monje de Canterbury.

BERENGARIO de Tours, teólogo, condenado por herejía en los Sínodos de 1050 y 1059, muerto en 1088.

BOHEMUNDO de Taranto, príncipe de Antioquía; murió en Bari en 1111.

BOSÓN, número 260 de la lista de los monjes de Bec, donde entró en 1088.

En Canterbury desde 1093 a 1097. Enviado a Clermont en 1096. Regresó más tarde a Bec y desde 1106 residió en Inglaterra con Anselmo. Cuarto abad de Bec (1124-1136).

BURGONDO, cuñado de Anselmo, esposo de su hermana Ricera.

EADMERO, monje de la Christ Church de Canterbury, con Anselmo desde 1093, autor de las biografías de san Wilfredo y san Bregwine, de la *Historia novorum in Anglia* y de la *Vita Anselmi*. Murió en 1124.

ELINANDO, clérigo y monje no identificado.

ENRIQUE, monje italiano de Bec, en Canterbury con Lanfranco, prior de la Christ Church (1076-1096) y abad de Battle hasta 1102.

ENRIQUE I BEAUCLERC, rey de Inglaterra (1100-1135). Desde 1106, duque de Normandía.

ENRIQUE IV, emperador (1056-1104).
 ENRIQUE V, emperador (1106-1125).
 ERIBERTO LOSINGA, monje de Fécamp, capellán de Guillermo el Rojo, obispo de Thedford y después de Norwich (1090-1119).
 ERMENBERGA, madre de Anselmo.
 ERNESTO, monje de Bec, prior en Caen (1063-1075), después obispo de Rochester hasta su muerte en 1076.
 ERNULFO, prior de Saint-Martin de Séz, abad de Troarn (1090-1112).
 EROVALDO, monje de Bec.
 ESTEBAN, monje en Sclavia.
 EULALIA, abadesa de Shaftesbury.
 EUSTAQUIO III, conde de Boulogne, hijo de Eustaquio II e Ida.

 FARMANO, monje de Canterbury.
 FOLCERALDO, monje, primo de Anselmo.
 FOLCERALDO, tío de Anselmo.
 FULCÓN, abad de Saint-Pierre-sur-Dives.
 FULCÓN de Dammartin, monje de Bec, obispo de Beauvais desde 1089.

 GAUFREDO, lego hortelano.
 GAUNILO, monje de Marmoutier.
 GERARDO DE ROUEN, canceller de Guillermo I y de Guillermo el Rojo, obispo de Hereford (1096-1101) y arzobispo de York (1101-1108).
 GERVASIO, monje de Saint Albans.
 GILBERTO, monje de Bec, enviado por Anselmo al rey Enrique.
 GILBERTO, monje oblató de Bec, con Lanfranco en Inglaterra, abad de Westminster desde 1085, autor de la *Vita Erluini*. Completó la obra *De anima*, que Anselmo dejó sin terminar.
 GODOFREDO DE BOUILLON, duque de Lorena, Defensor del Santo Sepulcro.
 GONDULFO, clérigo de Rouen, desde 1059 en Bec; prior en Caen desde 1075. Después, obispo de Rochester (1077-1108).
 GONDULFO, padre de Anselmo.
 GREGORIO VII, papa (1073-1085).
 GALÓN, abad de san Quintín, obispo de París desde 1104.
 GUALTERIO, cardenal obispo de Albano, legado de Urbano II.
 GUALTERIO, prior de Saint-Wandrille.
 GUALTERIO, monje de Bury Saint Edmunds.
 GUALTERIO TIRELLO, barón normando.
 GUALTERIO, MAROZIO, HUGÓN, capellanes de Nicolás II.
 GUIBERTO, monje de Fly, abad de Nogent, memorialista, autor de comentarios bíblicos y de la autobiografía *De vita sua libri tres*.
 GUILLENCO, clérigo de Beauvais.
 GUILLERMO I EL CONQUISTADOR, duque de Normandía desde 1035 y rey de Inglaterra desde 1066 a 1087.
 GUILLERMO II EL ROJO, rey de Inglaterra (1087-1100).

GUILLERMO BONNE-ÂME, abad de Caen (1070-1079), después arzobispo de Rouen hasta su muerte (1110).

GUILLERMO DE BEAUMONT, número 161 en la lista de los monjes de Bec, prior de Poissy (?-1093), tercer abad de Bec (1094-1124).

GUILLERMO DE WARELWAST, capellán y legado de Guillermo el Rojo y de Enrique, obispo de Exeter (1107).

GUILLERMO GIFFARD, canónigo de Rouen, capellán de Guillermo el Conquistador, canciller de Guillermo el Rojo y de Enrique I, obispo de Winchester en 1100, consagrado en 1107, muerto en 1129.

GUILLERMO, obispo de Durham, consejero de Guillermo el Rojo.

GUNILDA, hija de Haroldo II, último rey anglosajón.

HERLUINO, fundador y primer abad de Bec (1034-1078).

HERLUINO, monje de Bec en Canterbury con Lanfranco, desde 1100 abad de Glastonbury.

HUGO, archidiácono de Canterbury.

HUGO DE BORGOÑA, legado apostólico, obispo de Die (1073-1083), arzobispo de Lyon (1083-1106).

HUGO DE SEMUR, abad de Cluny (1049-1109).

HUGO, ermitaño en Caen.

HUMBERTO II, conde de Saboya y marqués de Susa.

IDA DE LAS ARDENAS, mujer de Eustaquio II, madre de Godofredo, duque de Lorena, Balduino, rey de Jerusalén y Eustaquio III de Boulogne.

ILGIRO, del séquito de Bohemundo de Taranto.

Ivo, obispo de Chartres (1090-1105), canonista.

JUAN, clérigo de Roma, número 176 en la lista de Bec, abad de San Salvador Telesino, cardenal obispo de Frascati.

LAMBERTO, tío de Anselmo.

LANFRANCO DE PAVÍA (1003-1089), maestro de derecho en Italia y Francia, monje en Bec desde 1042, abad de Saint Etienne, en Caen (1063-1070), arzobispo de Canterbury (1070-1089), entre sus obras destacan el comentario a san Pablo y *De corpore et sanguine Domini*.

LANFRANCO junior, monje número 100 de Bec, sobrino de Lanfranco.

LANFRIDO, guarda de caza de Guillermo el Rojo.

LANZÓN, novicio de Cluny, prior de Lewes (1077-1107).

MATILDE, condesa de Toscana (1046-1115).

MATILDE DE ESCOCIA, hija del rey Malcom, reina de Inglaterra (1100-1108).

MAURILIO, monje de Fécamp, arzobispo de Rouen.

MAURICIO, número 73 de la lista de Bec, prior de Conflans.

MOISÉS, monje fugitivo.

NICOLÁS II, papa (1052-1061).

ODÓN BOREL, duque de Borgoña.

ODÓN, monje de Bec.

ORDOVINO, monje de Canterbury.

OSBERNO, discípulo de Anselmo.

OSBERNO, monje de Canterbury, chantre de la Christ Church.

OSMUNDO, obispo de Salisbury (1078-1099).

PABLO, monje de Saint Étienne de Caen, abad de Saint Albans desde 1077.

PASCUAL II, papa (1099-1118).

PEDRO DE AMIENS, apellidado El Ermitaño, predicador de la primera peregrinación armada a Tierra Santa (primera Cruzada).

RAIMUNDO DE SAINT-GILLES (1042-1105), conde de Toulouse y marqués de Provenza, caudillo de la cruzada.

RAINALDO, monje de La-Chaise-Dieu, abad de San Cipriano en Poitiers.

RAINIERO, clérigo de Boulogne.

RAINULFO FLAMBARD, recaudador de impuestos de Guillermo el Rojo.

RICARDO, abad intransigente.

RICERA, hermana de Anselmo.

RICULFO, fuente de Eadmero, número 80 de la lista de monjes de Bec.

ROBERTO, número 63 en la lista de los monjes de Bec.

ROBERTO, conde de Meulan, consejero de Guillermo el Rojo y de Enrique I.

ROBERTO II CORTACOSCIA, hijo de Guillermo el Conquistador, duque de Normandía (1087-1106).

ROBERTO, hijo natural de Hugo de Chester, abad intruso de Bury Saint Edmunds, destituido en 1102.

ROBERTO LIMSEY, obispo de Chester (1085-1117), legado de Enrique I.

RODOLFO, monje de Bec, prior de Rochester, abad de Battle (1107-1124).

RODOLFO D'ESCURES, abad de San Martín en Sées (1089-1108), obispo de Rochester (1108-1114), arzobispo de Canterbury (1114-1122).

ROGERIO, décimo monje de Bec, abad de la Sainte-Trinité en Lessay.

ROSCELIN, canónigo de Compiègne, acusado de herejía, muerto hacia 1120.

SALVIO, monje de Canterbury.

SANSÓN, capellán real, obispo de Worcester (1096-1112).

TEDUINO, cillerero/mayordomo en Bec.

TOMÁS II, arzobispo de York (1108-1114).

ULFRICO, el leproso curado.

URBANO II, papa (1088-1099).

VALERIANO, obispo de Naumburg.

WILFREDO, abad de Cerne.

LA LLAMADA

EADMERO, el hagiógrafo

Me gusta imaginar el valle alpino en que Anselmo vio la luz y pasó los primeros años de vida como una cuenca resplandeciente de prados y viñedos, entre los que se desliza como una cinta plateada, con cortos tramos rectos y numerosos meandros, un curso de agua que, desde la más remota antigüedad, recibe el nombre de Dora Baltea. Y, joven aún, porque nace en los montes que cierran el valle por el norte, se ha hecho ya río allí donde surge la ciudad que los romanos llamaron Augusta Pretoria, recogiendo las aguas de riberas y torrentes que confluyen desde los vallejos laterales. En las dos vertientes a lo largo de la franja verde de la llanura, se levantan los montes, primero con suave inclinación, cubiertos de oscuros abetales, después con elevaciones repentinas y atrevidas, quebrándose finalmente en cimas recortadas y sierras imponentes.

Así describe Anselmo su tierra en los raros y, por eso mismo, preciosos momentos en que deja aflorar su memoria remota, abandonándose a la oleada de sus recuerdos. Cosa que suele suceder las pocas veces que recibe cartas de sus familiares, en especial de su hermana Ricera, a la que siempre encomienda a Dios en la oración.

En esas ocasiones me parece captar un brillo repentino en su mirada, como una dulcificación de su rostro, en el que la austeridad de la vida monástica ha grabado los signos de las vigiliass y penitencias.

Pienso que, cada vez que Anselmo regresa con la imaginación a su valle, entre aquellas montañas que él considera las más altas del mundo, cubiertas siempre de nieve, revive

fugazmente el sueño que un día me contó y que produjo tal impacto en su mente infantil que se le quedó impreso en ella como recuerdo indeleble.

Como su piadosa madre Ermenberga le había hablado de Dios, que rige y abraza cuanto existe sobre la tierra, a Anselmo se le había ocurrido la idea de que, rodeado de los coros de los ángeles y los santos, Él había establecido su morada en las cimas más altas, entre las nieves perpetuas que se veían brillar en el horizonte bajo los rayos del sol, y que a veces, cuando se enojaba por alguna grave culpa cometida por los hombres, circundaba de nubes su sede, privando a los pecadores de su visión.

Una noche, en sueños, se vio caminando hacia la morada del Padre celestial, que se le aparecía a ratos sobre la cima nevada. Mientras atravesaba los campos de trigo que se extendían por las faldas del monte, vio a las esclavas del rey recogiendo con lentitud y desgana haces de espigas, e hizo el propósito de, al llegar ante el Señor, denunciar tanta negligencia. Porque sabía que su padre recriminaba a los siervos ineptos, y que su madre, siempre generosa y suave, exigía a las criadas el cumplimiento diligente de su labor. Pero se olvidó de tal propósito cuando entró en el palacio y, maravillado de su esplendor, se quedó sorprendido al descubrir que junto al rey sólo había un único siervo. Acaso los otros —pensó— habían sido enviados, por un camino distinto del que él había recorrido, a segar las mieses, maduras ya para la recolección. Y entonces el Señor lo llamó hacia sí, lo hizo sentarse a sus pies y mandó al siervo que trajera pan. Anselmo se sació de aquel pan blanquísimo, mucho más blanco que el que raramente llega a encontrarse en la mesa de los señores más ricos. Y tan vivo era el sueño que creyó que en verdad había estado en la corte de Dios, sobre aquellos montes resplandecientes de nieve.

Así suelo imaginarme, a través de sus ojos de niño, el valle en que vio la luz. Sin embargo, Anselmo nunca más quiso volver allí, desde que la voluntad divina guio sus pasos hacia el monasterio de Bec.

Cuando llegó, hacía solo veinticinco años (él tenía uno más) que el abad Herluino había reunido en torno a sí el primer núcleo de aquella comunidad monástica. Y todavía algún hermano conservaba viva la memoria de los inicios.

GAUFREDO, el lego hortelano

Al rayar el alba, con sus destellos de luz que se extienden por el cielo desde el oriente, doy gracias a Dios por el nuevo día, por los que ya pasaron y por los que vendrán mientras me quiera aquí en Bec, donde han encanecido mis cabellos. Y no me olvido de añadir de vez en cuando: «No me quites, Señor, el recuerdo del camino recorrido desde que llegué aquí, temeroso de no saber hacer nada de provecho».

Nada me retenía en la choza donde había pasado mi vida cuando me llegó la noticia de que el caballero Herluino, ya de edad avanzada (debía de tener los cuarenta años cumplidos), había decidido de pronto abandonar la corte del conde de Brionne para dedicar su vida a Dios. Y fue una gran sorpresa porque gozaba de gran prestigio, y ciertamente más de una de las jóvenes casaderas de la nobleza se habría alegrado de unirse en matrimonio con él, pues era un tipo de buena presencia y de modales corteses, por no hablar de que poseía tierras y castillos.

Pero lo más sorprendente era que, para cumplir su deseo de consagrarse a Dios, el caballero Herluino no había pedido ingresar en una de las abadías que gozaban del favor de los señores más poderosos, donde habría sido acogido con respeto y tratado de manera acorde a su rango y preparación. Más bien había preferido establecerse con unos pocos compañeros en una pequeña propiedad suya, sin comodidad alguna, para vivir en soledad y pobreza, y también en plena libertad, la unión con Dios.

A veces yo veía pasar a aquellos religiosos por los campos, vestidos con la cogulla y con sandalias en los pies. Sus rostros mostraban signos de cansancio, pero un cansancio alegre y risueño, no como el que es fruto de una imposición, que em-

brutece, porque le entra a uno miedo de no conseguir realizar la tarea en el plazo que se le ha señalado.

Un día, la casualidad me puso en su camino y me paré para cederles el paso, apoyado en el rastrillo con que me disponía a amontonar la hierba. Al cruzarse mi mirada con la de Herluino, me sorprendí con las palabras en los labios antes incluso de que mi mente concibiera el pensamiento.

«Señor Herluino», le dije *señor* porque todavía no me había acostumbrado a llamarle *padre*, «¿se puede servir a Dios cuando, como yo, sólo se sabe segar la hierba y cultivar alubias y lentejas?».

«¡Cómo no se va a poder, hermano! Solamente se necesita quererlo», me respondió con una sonrisa más en los ojos que en los labios.

«Pues yo lo quiero, señor. Las circunstancias de la vida me han hecho llegar a esta edad sin ataduras familiares. Nada me retiene, ni familia, ni compromisos, así que puedo seguirlos desde este mismo instante. Seré el último de los últimos y vos me enseñaréis el secreto de vuestra alegría».

Me tendió la mano. El gesto era de invitación, pero la cabeza parecía negarlo.

«¿Quieres, entonces, precedernos a todos a la gloria? No ‘el último’, hermano, sino ‘entre los últimos’», dijo.

Después se dirigió a sus compañeros: «Alegrémonos en Dios, porque nos concede tener entre nosotros a un maestro, del que aprenderemos a manejar la azada y la pala mejor de lo que lo hacemos hasta ahora».

«Alabado sea Dios», contestaron, alzando los ojos al cielo.

Tenían las manos llenas de ampollas porque no estaban acostumbrados a los trabajos serviles que realizaban y a los que querían dedicarse. Se hallaban más preparados para dedicar al estudio las facultades de la mente y para los trabajos de artesanía que para sembrar las simientes y recoger las mieses en el tiempo oportuno.

«A cada uno su tarea, padre Herluino», dije. «De ahora en adelante, con vuestro permiso, de los frutales y del huerto me ocuparé yo».

En Bec se vivía en pobreza y se carecía de todo. Faltaba agua no ya para regar, sino incluso para aliviar la sed. Para conseguir agua había que ir hasta una fuente que se encontraba bastante lejos, y el propio Herluino me acompañaba a veces y me ayudaba a transportar los cántaros. Más tarde buscamos una vena en el terreno que lindaba con nuestra casa y cavamos un pozo. Con la ayuda de un joven hermano, canalicé el agua de la fuente mediante una tubería, con el fin de que no se perdiera y sirviera para regar el maíz y las alubias con que se alimentaría la comunidad, que se iba haciendo cada vez más numerosa.

Me cansaba acaso más que antes, pero todo era diferente, porque ofrecía a Dios cada una de mis actividades y mi sudor adquiría un sentido nuevo: ya no era un humor que fluía de mi cuerpo exprimido por el caprichoso querer de un patrón, sino que, de un modo misterioso pero cierto, me unía al sacrificio de Cristo salvador.

No mucho tiempo después, hubo que transportar piedras y levantar paredes con el fin de construir una capilla para el Señor y un techo para cuantos él iba llamando a sí. La iglesia era pequeña y, en su mayor parte, de madera; pero los hermanos se mostraban fervorosos y tenaces. Cuando surgía algún trabajo urgente, acudíamos todos a terminarlo. Y cuando llegaban las tareas más duras de la recolección, el padre Herluino me mandaba a los monjes más jóvenes y fuertes para que me ayudaran. Mi corazón se alegraba viéndolos crecer en la gracia de Dios, aun cuando las necesidades eran tantas y los recursos escasos.

Después llegó a Bec, desde Italia, el hermano Lanfranco de Pavía, aureolado de muy alta fama, aunque parecía decidido a no alardear de ella. Enseguida pensé: «¿Cómo va a hacer para librarse de las demandas de quienes quieran tratarlo de acuerdo con su prestigio, y del don que le ha sido concedido por Dios de identificar, en las diversas situaciones, las dificultades y, a la vez, el modo de resolverlas?».

Los hechos me dieron la razón. Lanfranco se dio cuenta del trastorno causado en el monasterio y consiguió escapar

de las peticiones de unos y de otros abriendo una escuela para alumnos externos. Esta escuela ha atraído hasta Bec a un buen número de jóvenes de familias nobles y pudientes, y no solo normandas, y ha proporcionado a la abadía donaciones de enseres e incluso de tierras.

Hasta hace nada, nuestra casa era desconocida fuera de Normandía; ahora es próspera y famosa, gracias a las actividades y el buen hacer del padre Lanfranco. Fue nombrado prior el año 1045 de la Encarnación del Señor, y es el responsable de la enseñanza, de la administración y de la disciplina del cenobio. El duque Guillermo acude a él en busca de consejo y, por lo que oigo decir, hasta Su Santidad le envía cartas desde Roma.

LANFRANCO, prior de Bec

La carta, que trae el sello pontificio, viene dirigida a mí personalmente. Imagino que será para pedirme que acepte a los tres clérigos que la portan en la escuela a la que he dado notable impulso. Se me hace presente el camino recorrido hasta llegar a consolidarla.

Aunque me había empujado a venir a Bec el estar harto del éxito, no pude permanecer pasivo viendo la desastrosa situación de la abadía que acogía sobre todo muchachos oblatos de la región.

El abad Herluino, ateniéndose a la Regla de san Benito, había impuesto al cenobio normas austeras de vida. Las costumbres establecidas por él regulaban rigurosamente la jornada de los monjes, repartida entre oración, obras de caridad y trabajos del campo. Pero la casa carecía de ingresos seguros. De hecho, era de las más pobres de Normandía.

Sin embargo, la solución estaba al alcance de la mano y respondía a una necesidad concreta de los tiempos. Porque la alta aristocracia, para gobernar, precisaba cada vez más el apoyo de clérigos bien preparados. Pero Herluino, como no había frecuentado ninguna escuela, no se había preocupado de crear un *scriptorium* ni de formar una biblioteca.

Lo convencí para que me permitiera adquirir los textos básicos para iniciar una escuela no solamente monástica, sino abierta también a laicos. Con su ampliación progresiva, fue creciendo la prosperidad del monasterio. Nobles de diversas regiones de Europa envían ahora aquí a hijos y familiares para que aprendan las disciplinas seculares de la gramática, la dialéctica y la retórica. Ya por dos veces he tenido que trasladar a los monjes a edificios más amplios construidos entre mil dificultades e interrupciones.

Han sido años duros, empleados en organizar la comunidad y la escuela. La primera, en el respeto a la Regla y a los oficios litúrgicos; la segunda, incorporando instrumentos didácticos capaces de despertar en los alumnos, a través de las artes liberales, el interés también por las cuestiones teológicas. Para ello me he dedicado a comentar los escritos de san Pablo que presentan lugares de difícil interpretación. Mis explicaciones se han basado en el análisis de las estructuras gramaticales, retóricas y lógicas. Además, en varios puntos he recurrido a testimonios sacados de los textos de los Padres.

El monasterio de Bec, aunque todavía tiene proporciones modestas, se ha convertido en centro de intensos debates intelectuales y acoge un número cada vez mayor de clérigos.

Estos que llegan ahora de Roma –acaba de comenzar el año del Señor de 1059– son dos italianos y un alemán. Los dejo en el *scriptorium*, rodeados de los hermanos deseosos de noticias, y me retiro para leer el mensaje del pontífice.

Nos alegraría veros aquí junto a Nos –escribe Nicolás II– y nos consolarían vuestros consejos en medio de nuestras preocupaciones eclesiales. Pero, dadas las dificultades del momento, queremos que también la permanencia donde ahora estáis nos sea útil a Nos y a la madre Iglesia romana. Y mientras espero vuestra deseada venida, enviamos a vuestra caridad a estos hijos que nos son muy queridos, capellanes del emperador y nuestros, para que los preparéis en las artes de la dialéctica y la retórica, en las que, como hemos sabido, Dios os ha concedido una especial excelencia. Deseo verte aquí en Roma, lo más pronto que puedas, con estos discípulos, a no ser que, como es probable, sea yo mismo quien vaya a visitarte.